

SI SUPIERAS LA FECHA EXACTA DE TU MUERTE,
¿CÓMO VIVIRÍAS TU VIDA?

LOS INMORTALES

CHLOE
BENJAMIN

CHLOE BENJAMIN

LOS INMORTALES

Traducción de Mariana Hernández

 Planeta

Título original: *The Immortalists*

© Chloe Benjamin, 2018

Derechos mundiales reservados para Chloe Benjamin c/o William Morris Endeavor Entertainment, LLC

© por la traducción, Mariana Hernández Cruz, 2018

© Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19345-6

Depósito legal: B. 16.403-2018

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Cuando Saul muere, Simon está en clase de física, dibujando círculos concéntricos que se supone que representan las capas de electrones, pero que no significan nada para él. Con sus fantasías y su dislexia, nunca ha sido un buen estudiante, y se le escapa el propósito de la capa de electrones, la órbita que gira alrededor del núcleo de un átomo. En ese momento, su padre se dobla hacia delante en el paso de peatones de la calle Broome cuando vuelve caminando del almuerzo. Un taxi toca el claxon hasta detenerse; Saul cae de rodillas; su corazón se vacía de sangre. Su muerte no tiene más sentido para Simon que la transferencia de electrones de un átomo a otro: los dos están ahí en un momento y desaparecen al siguiente.

Varya conduce de regreso del Vassar College; Daniel, de la Universidad Estatal de Nueva York en Binghamton. Ninguno de los dos lo comprende. Sí, Saul estaba estresado, pero los peores momentos de la ciudad —la crisis financiera, el apagón— finalmente han quedado atrás. Los sindicatos salvaron a la ciudad de la bancarrota, y Nueva York vuelve a levantar cabeza. En el hospital, Varya pregunta por los últimos momentos de su padre. ¿Ha sentido dolor? «Sólo brevemente», dice la enfermera. ¿Ha hablado? Nadie puede saberlo. No debería sorprender a su esposa y a sus hijos, acostumbrados a sus largos silencios, y sin

embargo Simon se siente estafado, como si le hubieran robado el último recuerdo de su padre, que permanece tan callado en su muerte como lo fue en vida.

Como al día siguiente es *sabbat*, el funeral se celebra el domingo. Se reúnen en la congregación Tifereth Israel, la sinagoga conservadora de la que Saul era miembro y patrocinador. En la entrada, el rabino Chaim da a cada uno de los Gold unas tijeras para el *kriah*.

—No, yo no voy a hacerlo —dice Gertie, a la que tienen que guiar en cada paso del funeral como si fuera la aduana de un país que nunca ha querido visitar. Lleva un vestido ceñido que Saul le hizo en 1962: algodón negro resistente con cintura entallada, botones en el frente y cinturón postizo—. No pueden obligarme —añade lanzando miradas como dardos al rabino Chaim y a sus hijos, que obedientemente han cortado la tela sobre sus corazones. Aunque el rabino le explica que no es él quien puede obligarla sino Dios, parece que Dios tampoco puede. Al final, el rabino le da a Gertie una cinta negra para que la corte, y ella toma asiento con una victoria herida.

A Simon nunca le ha gustado ir allí. De niño pensaba que la sinagoga estaba embrujada, con su piedra tosca y oscura y ese interior lóbrego. Los servicios eran peores: la eterna devoción silenciosa, las plegarias fervientes por la restauración de Sion. Ahora Simon se detiene ante el ataúd cerrado, con el aire entrando por la abertura en su camisa, y se da cuenta de que nunca volverá a ver el rostro de su padre. Imagina la mirada distante de Saul, su sonrisa tímida, casi femenina. El rabino Chaim llama magnánimo a Saul, una persona de carácter y fortaleza; pero para Simon era un hombre reservado y honesto que evitaba el conflicto y los problemas, un hombre que parecía tener tan poco que ver con la pasión que sorprendía que se hubiera casado con Gertie, pues nadie habría pensado en la madre de Simon,

con su ambición y sus cambios de humor, como una elección pragmática.

Después del servicio, siguen a los portadores del féretro hasta el cementerio de Mount Hebron, donde están enterrados los padres de Saul. Las dos chicas lloran: Varya en silencio, Klara tan estruendosamente como su madre, y parece que Daniel, perplejo, se está conteniendo por pura obligación. Sin embargo, Simon se descubre incapaz de llorar, incluso cuando bajan el ataúd a la tierra. Lo único que siente es pérdida, pero no la del padre que conoció, sino la del hombre que Saul podría haber sido. Durante la cena se sentaban en extremos opuestos de la mesa, perdidos ambos en sus pensamientos privados. La conmoción se producía cuando uno de ellos alzaba la mirada y sus ojos se encontraban; un accidente, pero un accidente que unía como una bisagra sus mundos separados antes de que uno de los dos apartara la vista.

Ahora no hay bisagra. Por distante que fuera, Saul permitió que cada uno de los Gold asumiera su rol en la familia: él, el sostén; Gertie, la gobernanta; Varya, la mayor obediente; Simon, el menor sin cargas. Si el cuerpo de su padre —con un nivel de colesterol más bajo que el de Gertie, el corazón más estable que nada— simplemente se había detenido, ¿qué más podía salir mal? ¿Qué otras leyes podían torcerse? Varya se esconde en su litera. Daniel tiene veinte años, apenas es un hombre, pero da las gracias a las visitas y les sirve comida, conduce los rezos en hebreo. Klara, cuya parte de la habitación está más desordenada que las de todos los demás, limpia frotando la cocina hasta que le duelen los bíceps. Y Simon cuida a Gertie.

Ése no es su papel habitual, pues Simon siempre ha sido el bebé de Gertie, más que los demás. Una vez ella quiso ser una intelectual; se tumbaba junto a la fuente de Washington Square Park a leer a Kafka, a Nietzsche y a Proust. Sin embargo, a los diecinueve años conoció a Saul, que se había incorporado al ne-

gocio de su padre al terminar el instituto, y a los veinte ya estaba embarazada. Pronto Gertie renunció a la Universidad de Nueva York, donde tenía una beca, y se mudó a un apartamento situado a unas pocas manzanas de la sastrería Gold, que Saul heredaría cuando sus padres se retiraran a Kew Gardens Hills.

Poco después de que naciera Varya —mucho antes de lo que Saul consideraba necesario, y para vergüenza suya—, Gertie se convirtió en recepcionista de un despacho de abogados. Por la noche seguía siendo su formidable capitana. Pero por la mañana se ponía un vestido y se pintaba los labios antes de dejar a los niños con la señora Almendinger, después de lo cual salía del edificio ligera como una pluma. Sin embargo, cuando nació Simon, Gertie se quedó en casa nueve meses en lugar de cinco, que finalmente acabaron siendo dieciocho. Lo llevaba a todas partes. Cuando lloraba, no respondía con obstinada frustración, sino que le acariciaba con la nariz y le cantaba, como si sintiera nostalgia de una experiencia que siempre le había molestado pero que sabía que no repetiría. Poco después del nacimiento de Simon, mientras Saul estaba en el trabajo, fue al consultorio médico y regresó con un pequeño frasco de pastillas —la etiqueta decía ENOVID— que guardó al fondo de su cajón de la ropa interior.

«¡Si-mon!», grita ahora con un estallido largo como una sirena de niebla. «Pásame eso», añadirá posiblemente, acostada en la cama y señalando una almohada justo al lado de sus pies. O, en un tono bajo y ominoso: «Tengo una llaga; llevo demasiado tiempo acostada en esta cama», y aunque en su interior Simon retrocede, examina el grueso borde de su talón.

—No es una llaga, mamá —responde—, sólo una ampolla.

No obstante, para entonces ella ha seguido adelante y le pide que le lleve el *kadish*, o pescado y chocolate de la fuente que el rabino Chaim ha traído para la *shivá*.

Simon podría pensar que a Gertie le complace darle órdenes,

de no ser por la manera en que llora por las noches —amortiguada, para que sus hijos no la oigan, aunque Simon sí la oye—, o por las veces en que la ve en posición fetal sobre la cama que compartió con Saul durante dos décadas, y donde parece la adolescente que era cuando lo conoció. Se sienta a la *shivá* con una devoción que Simon nunca pensó que pudiera exhibir, pues Gertie siempre había creído en supersticiones más que en cualquier dios. Escupe tres veces cuando ve un funeral, arroja sal si el salero se derrama y nunca pasó por un cementerio mientras estuvo embarazada, lo que hizo que la familia tuviera que soportar constantes cambios de trayecto entre 1956 y 1962. Cada viernes observa el *sabbat* con esforzada paciencia, como si fuera un invitado del que no ve el momento de librarse. Sin embargo, esa semana no lleva maquillaje. Evita las joyas y los zapatos de piel. Como si estuviera en penitencia por el fallido *kriah*, usa el vestido negro entallado de día y de noche, ignorando las manchas de grasa que tiene en un muslo. Como los Gold no tienen sillas de madera, se sienta en el suelo para recitar el *kadish* e incluso trata de leer el Libro de Job, cerrando los ojos mientras sostiene el Tanaï frente a su cara. Cuando lo deja, parece perpleja y perdida, como una niña que buscara a sus padres, y entonces llega el grito —«¡Si-mon!»— en busca de algo tangible: fruta fresca o un trozo de bizcocho, que abra una ventana para que entre aire o que la cierre para evitar una corriente; una manta, un trapo, una vela.

Cuando se reúnen suficientes visitantes para un *minyán*, Simon la ayuda a ponerse un vestido limpio y unas pantuflas, y ella sale a rezar. Los acompañan los empleados de toda la vida de Saul: los contables, las costureras, los diseñadores, los vendedores y el socio minoritario de Saul, Arthur Milavetz, un hombre flaco y de nariz aguileña de treinta y dos años.

De niño, a Simon le encantaba visitar la tienda de su padre. Los contables le daban clips para que jugara, o retazos de tela, y

se sentía orgulloso de ser el hijo de Saul: por la reverencia con que lo trataban los empleados y por su oficina de grandes ventanas, estaba claro que era alguien importante. Balanceaba a Simon sobre una rodilla mientras le enseñaba cómo cortar patrones y coser muestras. Más tarde, Simon lo acompañaba a las tiendas de telas, donde Saul seleccionaba sedas y piezas de *tweed* que estarían de moda la siguiente temporada, y a Saks Fifth Avenue, donde compraba los modelos más recientes para hacer copias en la sastrería. Después del trabajo, Simon podía quedarse mientras los hombres jugaban a las cartas o se sentaban en la oficina de Saul con una caja de puros a discutir sobre la huelga de maestros y la de basureros, el canal de Suez y la guerra de Yom Kipur.

Todo el tiempo lo acechaba algo cada vez más grande y más cercano, hasta que Simon se vio obligado a verlo en toda su terrible majestuosidad: su futuro. Daniel siempre había planeado ser médico, lo que dejaba a un solo hijo: Simon, impaciente e incómodo consigo mismo, mucho más en un traje de doble botonadura. Para cuando fue adolescente, la ropa de las mujeres lo aburría y la lana le picaba. Le molestaba la débil atención de Saul, del que presentía que no soportaría su salida del negocio, si es que algo así era posible. Se enfurecía con Arthur, siempre al lado de su padre, que trataba a Simon como un perrito servicial. Pero, sobre todo, sentía algo mucho más desconcertante aún: que la tienda era el verdadero hogar de Saul, y que sus empleados lo conocían mejor de lo que sus propios hijos lo conocerían jamás.

Hoy Arthur lleva tres platos con comida y una bandeja con pescado ahumado. Dobla su largo cuello de cisne para besar a Gertie en la mejilla.

—¿Qué vamos a hacer, Arthur? —pregunta ella con la boca contra su abrigo.

—Es terrible —responde él—. Espantoso.

Unas pequeñas gotas de lluvia de primavera se posan en los hombros de Arthur y en los cristales de sus gafas de montura de carey, pero su mirada es aguda.

—Gracias a Dios por ti. Y por Simon —dice Gertie.

La última noche de *shivá*, mientras Gertie duerme, los hermanos suben al desván. Están exhaustos, cansados, con los ojos nublados e hinchados y con un nudo en el estómago. La conmoción no se ha desvanecido; Simon no puede imaginar que eso vaya a ocurrir algún día. Daniel y Varya se sientan en un sofá de terciopelo anaranjado cuyo relleno asoma por los reposabrazos. Klara se sienta en la otomana de retazos de tela que alguna vez perteneció a la señora Blumenstein, ya fallecida. Sirve whisky en cuatro tazas desportilladas. Simon se encorva con las piernas cruzadas en el suelo, haciendo girar el líquido ambarrino con el dedo.

—Entonces ¿cuál es el plan? —pregunta mirando a Daniel y a Varya—. ¿Vosotros os vais mañana?

Daniel asiente. Él y Varya cogerán los primeros trenes que salgan de regreso a la universidad. Ya se han despedido de Gertie y han prometido volver dentro de un mes, cuando hayan terminado los exámenes.

—No puedo tomarme más tiempo si quiero aprobar —dice Daniel—. Algunos de nosotros nos preocupamos por ese tipo de cosas —añade mientras toca a Klara con el pie.

El último año de instituto de Klara termina en dos semanas, pero ya les ha dicho que no asistirá a la graduación. («Todos esos pingüinos caminando juntos e iguales... No sería yo.») Varya estudia Biología y Daniel espera convertirse en médico militar, pero Klara no quiere ir a la universidad. Quiere hacer magia. Se ha pasado los últimos nueve años bajo la tutela de Ilya

Hlavacek, un viejo actor de vodevil y prestidigitador que también es su jefe en Ilya's Magic & Co. Klara supo de la tienda a los nueve años, cuando le compró a Ilya *El libro de la adivinación*; ahora él es un padre para ella, tanto como lo fue Saul. Inmigrante checo que se hizo hombre entre las dos guerras mundiales, Ilya —de setenta y nueve años, largo y artrítico, con un mechón de cabello blanco como un trol— le cuenta historias fantásticas de sus años en el escenario: cuando recorrió los tugurios de atracciones más siniestros del Medio Oeste, con su mesa de cartas a sólo unos pasos de cabezas humanas metidas en frascos; el circo de Pensilvania donde hizo desaparecer con éxito un burro pardo llamado *Antonio* mientras mil espectadores estallaban en aplausos.

Sin embargo, ha pasado más de un siglo desde que los hermanos Davenport invocaban espíritus en los salones de los ricos y John Nevil Maskelyne logró que una mujer levitara en el Egyptian Hall londinense. Hoy, los magos más afortunados de Estados Unidos utilizan efectos especiales en el escenario o elaboradas presentaciones en Las Vegas. La mayoría son hombres. Cuando Klara visitó Marinka's, la tienda de magia más antigua del país, el joven del mostrador levantó la mirada con desdén antes de llevarla hasta una estantería con el rótulo de BRUJERÍA. («Desgraciado», murmuró Klara, aunque compró *Demonología: las invocaciones de sangre* para ver cómo el tipo se estremecía.)

Además, Klara se siente menos atraída por los magos de escena —las luces brillantes y las ropas de noche, las levitaciones con alambres— que por aquellos que realizan espectáculos más modestos, donde la magia pasa de una persona a otra como un billete de dólar arrugado. Los domingos observa al mago callejero Jeff Sheridan en su ubicación habitual junto a la estatua de sir Walter Scott en Central Park. Pero ¿realmente podría ganarse la vida de esa manera? Nueva York está cambiando. En su

barrio, los hippies están siendo reemplazados por chicos rudos; las drogas, por drogas más duras; las bandas de puertorriqueños se reúnen en la calle Doce y la avenida A. Una vez, unos hombres detuvieron a Klara y probablemente le habrían hecho algo peor si Daniel no hubiera pasado por allí justo en ese momento.

Varya echa la ceniza de su cigarrillo en una taza vacía.

—No puedo creer que vayas a irte con mamá así.

—Ése era el plan, Varya; es lo que estaba previsto.

—Bueno, a veces los planes cambian. A veces tienen que cambiar.

Klara levanta una ceja.

—¿Y por qué no cambias los tuyos?

—No puedo, tengo exámenes.

Varya tiene las manos rígidas, la espalda, derecha. Siempre ha sido inflexible, una santurróna, alguien que camina entre dos líneas como lo haría por encima de una barra de equilibrio. En su catorce cumpleaños sopló todas las velas del pastel excepto tres, y Simon, que sólo tenía ocho, se puso de puntillas para apagarlas. Varya le gritó y lloró con tanta intensidad que incluso Saul y Gertie se quedaron perplejos. No tiene la belleza de Klara, ni interés por la ropa o el maquillaje. Su único capricho es su cabello. Lo tiene largo hasta la cintura y nunca se lo ha teñido o decolorado, pero no porque su color natural —un castaño claro sucio como el polvo del verano— sea especial; simplemente lo prefiere así. Klara lleva el suyo de un rojo muy vivo. Siempre que se tiñe, el lavabo parece ensangrentado durante días.

—Exámenes —dice Klara haciendo un gesto de rechazo con la mano como si fueran un pasatiempo infantil del que Varya ya debería haberse librado.

—¿Y adónde planeas ir? —pregunta Daniel.

—Todavía no lo he decidido. —Klara habla con tranquilidad, pero sus facciones muestran tensión.

—Por Dios... —Varya echa la cabeza hacia atrás—. ¿Ni siquiera tienes un plan?

—Estoy esperando que me sea revelado —dice Klara.

Simon mira a su hermana. Sabe que está aterrada por su futuro. También sabe que lo disimula muy bien.

—Y una vez que te sea revelado el lugar al que vas —dice Daniel—, ¿cómo llegarás hasta allí? ¿También estás esperando a que te sea revelado eso? No tienes dinero para un coche. No tienes dinero para un billete de avión.

—Hay algo nuevo llamado autostop, Danny. —Klara es la única que llama a Daniel por su apodo de la infancia, sabiendo que le evoca las veces que mojó la cama y sus dientes de conejo, y, sobre todo, un viaje familiar a Lavallette, Nueva Jersey, en el que no pudo evitar cagarse en los pantalones y arruinó el primer día de vacaciones de los Gold y el asiento trasero del Chevrolet que habían alquilado—. Todos los chicos guais lo hacen.

—Klara, por favor. —Varya echa la cabeza hacia delante con fuerza—. Prométeme que no te irás en autostop. ¿Piensas cruzar así el país? Te van a matar.

—No me van a *matar*. —Klara da una calada y echa el humo hacia la izquierda, lejos de Varya—. Pero si significa tanto para ti, puedo coger un autobús.

—Te llevaría días —dice Daniel.

—Es más barato que el tren. Además, ¿en serio crees que mamá me necesita? Es más feliz cuando no estoy. —La noticia de que Klara no iría a la universidad fue recibida con largos torneos de gritos entre ella y Gertie, que dieron paso a un amargo silencio—. De todos modos, no estará sola. Sy se quedará aquí.

Extiende una mano hacia Simon y le aprieta una rodilla.

—¿No te molesta, Simon? —pregunta Daniel.

Sí le molesta. Ya puede ver cómo será cuando todos los demás se hayan ido: él y Gertie atrapados a solas en una *shivá* infi-

nita —«¡Si-mon!»—, su padre en ninguna parte y en todos lados al mismo tiempo. Durante las noches se escabullirá para correr, con la necesidad de estar en cualquier sitio salvo en su casa. Y el negocio —por supuesto, el negocio—, que ahora es suyo por derecho. La idea de perder a Klara, su aliada, le parece igual de mala, pero por ella se encoge de hombros.

—Qué va. Klara debe hacer lo que desee. Sólo tenemos una vida, ¿no es cierto?

—Eso es lo que sabemos. —Klara apaga su cigarrillo—. ¿Vosotros nunca pensáis en eso?

Daniel enarca las cejas.

—¿En la vida después de la muerte?

—No, en lo larga que será vuestra vida —responde Klara.

Ahora que se ha abierto la caja, se hace el silencio en el desván.

—No empieces con lo de esa vieja zorra otra vez —dice Daniel.

Klara se estremece, como si fuera ella la que recibiera el insulto. Hace años que no hablan de la mujer de la calle Hester. Esa noche, sin embargo, está borracha. Simon lo ve en su mirada, en la manera en que junta las eses.

—Sois unos cobardes. Ni siquiera podríais contarlo —dice ella.

—¿Contar qué? —pregunta Daniel.

—Lo que os dijo. —Klara lo señala con una uña roja medio despintada—. Vamos, Daniel, te reto.

—No.

—Cobarde. —Klara dibuja una sonrisa torcida cerrando los ojos.

—No podría contártelo aunque quisiera —dice él—. Fue hace diez años. ¿De verdad crees que lo recuerdo?

—Yo sí —dice Varya—. 21 de enero de 2044. Ahí está.

Toma un sorbo de su bebida, luego otro, y deja la taza vacía en el suelo. Klara mira sorprendida a su hermana. Después coge

la botella de bourbon por el cuello y vuelve a llenar la taza de Varya antes que la suya.

—¿Cuándo es eso? —pregunta Simon—. ¿A los ochenta y ocho años?

Varya asiente.

—Felicidades. —Klara cierra los ojos—. A mí me dijo que moriría a los treinta y uno.

Daniel se aclara la garganta.

—Bueno, son mentiras.

Klara levanta su taza.

—Eso espero.

—Bien. —Daniel vacía la suya—. 24 de noviembre de 2006. Me ganas, V.

—Cuarenta y ocho —dice Klara—. ¿Te preocupa?

—Para nada. Estoy seguro de que la vieja dijo lo primero que se le pasó por la mente. Sería tonto creerla. —Deja en el suelo la taza, que resuena contra el entarimado—. ¿Y tú, Sy?

Simon va por su cigarro número siete. Da una calada y exhala el humo con la mirada fija en la pared.

—Joven.

—¿Cómo de joven? —pregunta Klara.

—Eso es cosa mía.

—Ah, venga ya —dice Varya—. ¡Qué ridiculez! Sólo tiene poder sobre nosotros si se lo otorgamos, y es obvio que era un fraude. ¿Ochenta y ocho? Por favor, con una profecía como ésa, probablemente me atropelle un camión cuando cumpla cuarenta.

—Entonces ¿por qué la fortuna de todos los demás fue tan mala? —pregunta Simon.

—No lo sé. ¿Para darle variedad al asunto? No puede decirles lo mismo a todos. —Varya está ligeramente sonrojada—. Ojalá nunca hubiéramos ido a verla. Lo único que hizo fue meter la idea en nuestras cabezas.

—Fue culpa de Daniel —dice Klara—. Él nos obligó a ir.

—¿Crees que no lo sé? —replica su hermano mayor entre dientes—. Además, tú fuiste la primera que dijo que sí...

En el pecho de Simon florece la furia. Por un momento siente resentimiento contra todos: Varya, racional y distante, con una vida entera por delante; Daniel, que planteó su deseo de estudiar Medicina hace años y obligó a Simon a cargar con la sastrería; Klara, que ahora lo abandona. Odia que todos puedan escapar.

—¡Chicos! —dice—. ¡Ya basta! Callaos, ¿vale? Papá está muerto, ¿podéis cerrar la puta boca?

Lo sorprende la autoridad de su voz. Hasta Daniel parece encogerse.

—«Simon dice» —contesta Daniel.

Varya y Daniel bajan la escalera para acostarse en sus camas, pero Klara y Simon suben a la azotea. Llevan almohadas y mantas y se duermen sobre el hormigón bajo el brillo de la luna velada por la niebla. Alguien los sacude antes del amanecer para que despierten. Primero creen que es Gertie, pero después logran enfocar el rostro delgado y demacrado de Varya.

—Ya nos vamos —murmura—. El taxi está abajo.

Daniel acecha detrás de ella, con la mirada distante tras las gafas. La piel que hay debajo tiene un tinte azul plateado de piscina, y la semana ha dejado grabado un profundo paréntesis alrededor de su boca, ¿o quizá siempre ha estado ahí?

Klara se cubre la cara con un brazo.

—No.

Varya se lo aparta y le acaricia el cabello.

—Despídete.

Su voz es suave, y Klara se sienta. Con los brazos rodea el cuello de Varya tan estrechamente que puede tocar sus propios codos.

—Adiós —susurra.

Después de que Varya y Daniel se marchen, el cielo adquiere un brillo rojo, luego ámbar. Simon aprieta la cara contra el cabello de Klara. Huele a humo.

—No te vayas —dice.

—Debo irme, Sy.

—De todos modos, ¿qué vas a encontrar?

—¿Quién sabe? —Los ojos de Klara están húmedos a causa de la fatiga y sus pupilas parecen brillar—. De eso se trata.

Se levantan y juntos doblan las mantas.

—Tú también puedes venir —añade Klara mirándolo.

Simon se ríe.

—Sí, claro. ¿Y perder dos años más en el instituto? Mamá me mataría.

—No si nos vamos lo suficientemente lejos.

—No podría.

Klara camina hasta la barandilla y se apoya contra ella, aún con su suéter azul peludo y sus *shorts* recortados. No lo está mirando, pero Simon puede sentir la fuerza de su atención, cómo vibra con ella, como si supiera que sólo fingiendo indiferencia podrá decir lo que dice después.

—Podríamos ir a San Francisco.

Simon contiene la respiración.

—No digas eso.

Él se inclina para recoger las almohadas y se mete una debajo de cada brazo. Mide 1,76, como Saul, tiene las piernas ágiles y musculosas y el pecho esbelto. Sus labios carnosos y sus rizos rubio oscuro —herencia de algún antepasado ario enterrado mucho tiempo atrás— le han valido la admiración de las chicas de su clase de segundo grado, pero no es ése el público que él desea.

Las vaginas nunca lo han atraído: sus pliegues como de col, su corredor largo y oculto. Anhela el empuje largo del pene, su

insistencia obstinada y el reto de un cuerpo como el suyo. Sólo Klara lo sabe. Cuando sus padres se dormían, ella y Simon salían por la ventana con espray de gas pimienta en el bolso de polipiel de Klara y bajaban a la calle por la escalera de incendios. Iban a Le Jardin para escuchar tocar a Bobby Guttadaro o cogían el metro hasta la calle Doce oeste, donde había un almacén de flores reconvertido en discoteca en la que Simon conoció al gogó que le habló de San Francisco. Estaban sentados en el jardín de la azotea cuando el bailarín les dijo que San Francisco tenía un comisionado del ayuntamiento que era gay y un periódico gay, que la gente gay podía trabajar donde quisiera y tener sexo en cualquier momento, porque allí no había reglas contra la sodomía. «No os lo podéis imaginar», dijo, y desde entonces Simon no podía hacer otra cosa.

—¿Por qué no? —pregunta Klara, volviéndose—. Ya, mamá se enfadaría. Pero imagino cómo será tu vida aquí, Sy, y no quiero eso para ti. Tú tampoco lo quieres. Claro, mamá quiere que vaya a la universidad, pero ya tiene eso con Danny y con V. Debe comprender que yo no soy ella. Y tú no eres papá. Por Dios, tu destino no es ser sastre. ¡Sastre! —Hace una pausa, como para dejar que la palabra cale hasta el fondo—. Todo está mal. Y no es justo. Así que dame una razón, dame una buena razón por la que no puedas empezar con tu vida.

En cuanto Simon se permite imaginarlo, se queda casi abrumado. Manhattan debería ser un oasis, hay clubes, hasta saunas gais, pero tiene miedo de reinventarse en un lugar que siempre ha sido su hogar. «*Faygelehs*», murmuró Saul una vez, mirando con odio a un trío de hombres delgados que descargaban una gran variedad de instrumentos en el apartamento que los Singh ya no podían pagar. Gertie también adoptó el insulto en yidis, y aunque Simon fingía no oírlo, siempre tenía la sensación de que estaban hablando de él.

En Nueva York viviría por ellos, pero en San Francisco podría vivir por sí mismo. Y, aunque no le gusta pensar en eso, aunque de hecho evita el tema de manera patológica, por un momento se permite pensar en ello: ¿y si la mujer de la calle Hester tenía razón? El solo hecho de pensarlo tiñe su vida de un color distinto; hace que todo parezca urgente, lleno de brillo, precioso.

—Por Dios, Klara... —Simon se reúne con ella en la barandilla—. Pero ¿qué habría allí para ti?

El sol se levanta de color rojo sangre; Klara lo mira de reojo.

—Tú sólo puedes ir a un lugar. Yo puedo ir a cualquier parte —responde.

Todavía tiene cara de niña. Sus dientes, cuando sonrío, se ven ligeramente torcidos: medio feroz, medio encantadora. Su hermana.

—¿Alguna vez encontraré a alguien a quien quiera tanto como a ti? —pregunta él.

—Por favor —ríe Klara—. Encontrarás a alguien a quien ames mucho más.

Seis pisos más abajo, un hombre joven corre por la calle Clinton. Lleva una camiseta blanca fina y unos *shorts* azules de nailon. Simon mira cómo ondulan los músculos de su pecho bajo la camiseta, observa las poderosas piernas hacer su trabajo.

Klara sigue su mirada.

—Vámonos de aquí —dice.